

# Costa - Gavras se confiesa

Es la gran conciencia política del cine. Un dinosaurio que apenas ha tenido descendencia. Costa Gavras lleva más de la mitad de su vida criticando las dictaduras, la explotación y, sobre todo, la política exterior norteamericana en el Tercer Mundo. Actualmente, ha comenzado una nueva etapa artística e ideológica.

Un filme basado en el drama familiar que se desarrolla en torno a una abogada, que interpreta Jessica Lange, cuyo padre, papel protagonizado por Armin Mueller Stahl, ha sido acusado de criminal de guerra y ella se ve obligada a asumir su defensa. En la película, los ingredientes fundamentales son los sentimientos encontrados, el amor y la culpabilidad y la lucha entre el deber familiar y las obligaciones profesionales. El director de cine griego, de 56 años, que marcó con sus filmes políticos durante dos décadas a toda una generación, terminó esta obra con la sensación de no haberle encontrado una respuesta lógica, porque, según él, los mismos criminales de guerra no saben lo que hicieron.

—¿Qué le impresionó más de la película?

—En este caso, lo más impresionante es que se trata de una familia destruida por el pasado. Yo soy padre y no sé si quisiera que mi hija se enterara de cosas que hice o deje de hacer. Encontrar en estos personajes, que tenían una carrera histórica como criminales de guerra, que de pronto no saben a ciencia cierta qué fue lo que hicieron ni por qué lo hicieron. Es algo que lo deja a uno casi aturdido.

—¿Es un drama familiar en medio de un argumento político?

—Esta es una película que, sin salirse del contexto político, deja ver el rostro humano. Es la lucha entre el sentimiento y la razón y el descubrimiento de que un buen padre o un buen abuelo pueden haber sido capaces de encarnar la peor clase de criminales, cuando han sido

acosados por la existencia de ciertas circunstancias y condiciones históricas.

—En esta película entre psicológica y política, ¿logró lo que se proponía?

—Siempre pensé que no encontraría la respuesta sobre la verdadera inspiración de estos hombres. Ellos, a veces dan la impresión de haberse engañado a sí mismos. Los psicólogos y todos los expertos que consultamos en esta investigación, no supieron darnos respuestas. Los acusados como criminales de guerra tampoco hablan. Tampoco lo saben. Yo tampoco lo descubrí. Hemos terminado una película sin respuesta lógica. Eso es tal vez lo más impactante.

—¿La ideología ha predominado alguna vez, en sus películas, sobre la estética estrictamente cinematográfica?

—El estilo de una película impone su contenido y el momento histórico es parte del estilo. Primero no sé si hoy haría nuevamente la confesión o Zeta porque el momento histórico es distinto. Y, además, con la edad... se consigue madurar mucho.

—¿Hay alguna película que se le haya quedado en el tintero?

—Hubo dos guiones que no contaron con dinero suficiente como para realizar las películas. Uno era *El Cormorán*, un filme sobre las multinacionales que queríamos realizar con Franco Solinas. Un poco en contracorriente de la perorata antimultinacionales que había en ese momento en todo el mundo. En cierta forma reivindicaba el papel de las multinacionales. Hubo otra que quisimos hacer cuando Portugal encontró su libertad. Inclusive William Holden quería hacer la película, pero el proyecto no cristalizó porque no encontré financiación.

—Si hiciéramos una retrospectiva de su obra y a la luz de los virajes que ha dado la historia, como los que se han vivido recientemente en el este, ¿considera que hay algún aspecto en el que usted tenga

que hacerse una auto-crítica?

—No autocrítica, porque creo que esa palabra tiene todavía sus connotaciones, pero creo que es muy posible que haya podido caer en el fanatismo. Aunque mi gran preocupación fue precisamente la de evitarlo a toda costa. Me han llamado maniqueo y era obvio que si una película como Zeta le gustaba a la izquierda, no le gustaba a la derecha. Hay que replantearse las cosas. Posiblemente en la parte final de *La Confesión* cuando los estudiantes checos

locable.

—Y hoy, ¿no le parece un error haber hecho cierta apología al terrorismo de los Tupamaros en Estado de sitio?

—No hay duda de que yo sentía cierta atracción hacia los Tupamaros, porque hasta ese momento ellos eran una especie de Robin Hood. Secuestraban y tomaban rehenes y reparaban el dinero entre los cañeros, los cortadores de caña de Uruguay, que eran campesinos sin tierra y muy pobres. Pero después del asesinato de Dan Mitrone, cambiarían



Costa Gavras

escribían en el Muro "Lenin despierta", aunque era un hecho que sucedía realmente, hoy no sé si repetiría esa escena. Jorge Semprín siempre me dijo que había que ser más crítico con esa idea al referirse a Lenin. Cuando vimos la película en Praga hace unos días, Valcav Havel me dijo: "Sabe que los estudiantes ya no se refieren a Lenin como lo hacían hace 20 años". Pero hay que ver que en aquella época había cierto temor reverencial y la figura de Lenin era prácticamente in-

sus principios políticos y estratégicos y se convirtieron en un movimiento guerrillero como todos y terminaron rindiéndole culto a la violencia y a las teorías sobre la dialéctica de la violencia.

—¿Pero existía cierta simpatía con el modus operandi de los Tupamaros?

—Mis simpatías hacia ellos fueron anteriores a ese proceso. Aunque entiendo que parece lógico que se vea como maniqueo el hecho de presentar a un supuesto co-

laborador norteamericano como un ayudante en técnicas de tortura, pero esa era la realidad. Sin embargo, ese papel se lo dimos a Ives Montand, que era una figura que no tenía nada que ver con el prototipo de un agente de la CIA. Tomamos todas las precauciones posibles para no caer en que el bueno era éste y el malo este otro, pero si existieron mis simpatías hacia el movimiento Tupamaro.

—En el caso de *Missing*, ¿se le ocurrió que la película podía darle un empujoncito a las fuerzas de la oposición y contribuir a la caída de Pinochet?

—En este caso había mucho contra Pinochet. Yo conocí a Allende y sentía una profunda admiración por él. Era un romántico que quería hacer bien las cosas, las buenas cosas como en las novelas de los grandes románticos del siglo pasado. Y me sentí profundamente insultado por el golpe de Pinochet y por lo que hicieron los norteamericanos. En esa película sí puedo asegurar que me puse incondicionalmente de lado del pueblo chileno, que era el pueblo de mi amigo el presidente Salvador Allende.

—¿Cuál es su impresión sobre lo que sucedió durante los últimos meses en lo que se conocía como el mundo socialista?

—La sorpresa es de tal magnitud que no puede haber hombre de mi generación que no haya quedado boquiabierto. Este es un fenómeno absolutamente impredecible. Regímenes que tenían una completa seguridad sobre la filosofía que defendían, ven ahora cómo, de un día para otro, se les ha desmoronado. No porque haya habido un enemigo que los haya derrotado, sino porque se han caído por su propio peso.

—¿No es esto el reflejo de una especie de crisis ideológica en el mundo actualmente?

—La muerte de una ideología no significa una crisis ideológica. Lo que demuestra es que hay que reemplazarla y esto, obviamente, tiene que hacerlo

otra ideología. Lo preocupante es que sea reemplazada por alguna que se suponía muerta. Por ejemplo aquellas teorías que siempre han sostenido que hay que mejorar primero la economía para después mejorar la situación de la gente. Eso se ha puesto de moda entre los dirigentes occidentales, pero no hay que olvidar que eso produce fenómenos como el de Pinochet. Yo creo que al mundo le está haciendo falta mucha poesía.

—¿Pero los intelectuales de izquierda, eso que usted llama "mi generación" no están un poco sin nortes ideológicos?

—No se puede afirmar que es o que está en crisis. No es el socialismo ni el comunismo, porque si uno le pregunta a cualquier dirigente de Europa oriental qué es el comunismo o el socialismo, no sabe qué contestar. Lo único que se sabe es que lo que hicieron los alumnos del comunismo escolástico, no era lo que había que hacer. Yo creo que lo que hay es un descrédito del sectarismo y del dogmatismo y lo que había en estos países era una absurda mezcla de todos estos vicios con la ideología.

—Y si hubiera que emitir un juicio frente a lo ocurrido en los países del Este, ¿qué diría usted?

—Aventurándome un poco, creo que eso forma parte de la experiencia humana. Es un camino que la humanidad tenía que recorrer. Un momento histórico vivido por el hombre como lo fue el cristianismo. No se puede decir otra cosa porque no hubo nada más. Lo que sí hay que hacer es buscar una explicación. ¿Cuál fue el papel del fanatismo? ¿Cómo es posible manipular de esa manera? ¿Cómo se pudo llegar a esto que hemos visto en los últimos meses? ¿Por qué hubo intelectuales y hombres de muy alto nivel en esa asombrosa experiencia? Todavía tenemos mucho que investigar sobre lo que ha ocurrido.